

« voluntad. Prueba evidente de ello es el ejemplo del bienaventurado Dositeo. Vosotros sabéis que, durante el tiempo que estuvo en el siglo, vivió en la molicie y en medio de los placeres: sabéis también con cuanta prontitud este hombre, que nunca había oído hablar de Dios, se elevó á una perfección eminente, renunciando á su propia voluntad y abrazando una perfecta obediencia. Tampoco ignorais la manera con que Dios ha glorificado á su siervo, no permitiendo que una virtud tan resplandeciente permaneciese oculta á los hombres, puesto que en una visión lo ha mostrado á un solitario, gozando en la compañía de los santos de la eterna bienaventuranza. »

Este pasaje de san Doroteo es un resumen de lo que acabamos de decir de su bienaventurado discípulo, y confirma la verdad de su historia, que los críticos, especialmente los Bolandistas y Baillet, consideran muy digna de ser leída, y que fué escrita por otro discípulo del mismo Santo, y por consiguiente, por un autor contemporáneo, que pudo ser testigo ocular de los hechos que refiere. A este mismo autor se atribuye el fragmento de la carta que hemos copiado al fin de la vida de san Doroteo.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN DOROTEO

San Doroteo no fué sólo un autor ascético, sino un fiel depositario de la fé. Así lo dice el autor en el prólogo de sus obras, asegurando que siempre fué considerado como uno de los Padres de más autoridad en la Iglesia griega. Créese que este autor era un religioso del célebre

monasterio de Estudio. El testimonio que cita de san Tarso, patriarca de Constantinopla, y de san Teodoro Estudita, demuestra que san Doroteo era tenido en grande veneración, y en mucha estima sus escritos. Añade este autor que un hereje, llamado Panfilo, vino á Oriente, y tuvo la osadía de atacar la reputación de este Santo y la de san Barsanuvo; pero esto no sirvió más que para hacerla brillar con más esplendor, pues este hereje no se hubiera atrevido á calumniarle, si su fé no hubiese sido sana y eminente su virtud: porque propio es de los enemigos de la Iglesia exhalar su veneno contra los que defienden la sana doctrina, y edifican con sus virtudes.

Tenemos en favor de san Doroteo un testimonio muy respetable, es el de san Juan Clímaco, Padre también de la Iglesia griega, el cual aprendió los deberes de la vida monástica en los escritos de este Santo, y enriqueció su *Escala Santa* con muchos pasajes que tomó de sus instrucciones, y que refiere casi literalmente.

No poseemos todas las obras de san Doroteo; pero de las que nos quedan se desprende, que leyó la de todos los santos Padres que le precedieron, no sólo en la parte que se refiere á la moral, sino en la que atañe al dogma. En este no hizo más que imitar á la mayor parte de los solitarios, quienes, con motivo de los errores que en aquella época se propagaron, vieron obligados á instruirse de la tradición en las obras de los santos Padres, con el fin de defender la fé contra las artificiosas sutilezas de los herejes, y para no verse arrastrados por todo viento de doctrina. San Doroteo, pues, no quedó encerrado en el retiro de su claustro, consagrado únicamente á recibir, en cualidad de discípulo, las instrucciones de san Barsanuvo y del abad Juan, ó á darlas, en cualidad de superior, en el monasterio por él fundado. Dios lo dió á su Iglesia para defenderla del error, y á un gran número de personas de

todos los estados y condiciones para guiarlas por los senderos de la salvación, como aparece de algunos fragmentos que nos quedan de sus cartas, y de las conversaciones que sostuvo con muchas personas, aún de las más distinguidas del mundo, que venían á pedirle consejo en sus necesidades, y á las que se los daba por caridad, puesto que su mayor deseo era vivir olvidado del mundo y consagrado á Dios.

La principal obra que de él nos queda es la *Coleccion de instrucciones* que daba á sus religiosos, y que el autor de la carta que hemos citado al fin de su vida, tuvo cuidado de enviar á otro religioso que se la habia pedido. Vamos á dar un compendio de ellas.

INSTRUCCION I.

DE LA RENUNCIA

Tomando san Doroteo las cosas desde su principio, empieza esta instrucción hablando del estado de justicia en que Dios crió al hombre, y como éste, habiendo caído del estado de gracia, quedó sumido en el pecado, que, por decirlo así, inundó toda la tierra. « Dios, dice, creó al hombre en el principio, y le puso en el paraiso terrenal, « y habiéndole adornado de todas las virtudes, le prohibió « comer de un fruto que habia en aquella dichosa morada. « Pero habiendo infringido este precepto, se vió despojado « de las gracias que le adornaban, y cayó en disposiciones « contrarias: es decir, en el pecado, en el amor y en las « vanidades de los placeres de la vida, y en las demás « pasiones, que son consecuencia de la privación de la « gracia, y á que quedó entregado en castigo de su desobediencia. Desde entónces aumentó insensiblemente la

« iniquidad: la muerte estableció su imperio en el mundo, y « no quedó en él ningún vestigio de piedad. La ignorancia « se hizo general: los hombres perdieron el conocimiento « de Dios, y á excepción de un pequeño número que perseveró en la ley natural, los demás quedaron en el más « mísero estado. El demonio desplegó entónces toda su « malicia: la iniquidad se estableció y dominó toda la « tierra, y viéronse nacer la idolatría, la magia, el homicidio y toda clase de excesos. »

« Sin embargo, Dios tuvo misericordia de la obra de sus « manos: dió una ley á los hombres, á fin de que de ella « pudiesen servirse para rectificar su vida, para corregir « sus costumbres y salir del abismo en que se habian « precipitado. Envió también profetas; pero el mundo no « se aprovechó de sus enseñanzas. Por último, movido por « un exceso de misericordia, envió á su Hijo unigénito: « pues sólomente Dios podia remediar estos males. »

Se extiende despues san Doroteo en consideraciones sobre los ejemplos y doctrina que hemos recibido de nuestro señor Jesucristo, y sobre los medios que nos ha dado para curar la llagas del pecado y entrar en el camino de las virtudes. Distingue dos clases de estados: uno en el cual se observan los mandamientos necesarios para la salvación, y otro en que se abrazan los consejos para llegar á la perfección evangélica. Su instrucción se refiere á los deberes de este segundo estado, puesto que la dirige á los religiosos.

« Los mandamientos, dice, se han dado á todos los cristianos, y no hay uno solo que pueda dispensarse de su cumplimiento. Este es, si así puedo expresarme, el tributo que se debe pagar al príncipe, y el que lo rehuse, merecerá ser castigado. Pero así como hay en el mundo personas de un rango distinguido, que no se contentan con cumplir para con el rey esta obligación

« común, sino que le ofrecen mayores homenajes para
 « hacerse dignos de mayores honores: así también los
 « Padres no se han limitado á la observancia de los pre-
 « ceptos, sino que ofrecen á Dios dones y presentes volun-
 « tarios. Estos dones son la castidad, la pobreza y la obe-
 « diencia. Han añadido á la práctica de las otras virtudes
 « la observancia de los consejos, y han crucificado el mun-
 « do á sí mismos, segun el lenguaje de san Pablo (1), es
 « decir, que por virtud de la cruz de Jesucristo, es el
 « mundo objeto de horror, cual reo en el suplicio, para
 « aquel que de él se retira, y abandona sus pecados, sus
 « posesiones y todas las esperanzas del siglo: así como
 « también se ha crucificado al mundo todo aquel que des-
 « pues de haber abandonado y de haberse despojado de las
 « cosas sensibles, se propone combatir sus halagos, des-
 « truir el apego á la voluptuosidad, sujetar su propia vo-
 « luntad, y domar sus vicios y pasiones. »

« Ved aquí lo que han hecho nuestros padres y prede-
 « cesores. Y ¿ podemos nosotros gloriarnos de hacer lo
 « mismo? El mundo nos es crucificado, desde que lo aban-
 « donamos y nos ocultamos en las sombras de la soledad;
 « pero nosotros no nos hemos crucificado al mundo, por-
 « que aún tenemos afecciones tan vivas como ántes: to-
 « davía buscamos los placeres, nos impresiona el deseo
 « de la gloria, buscamos la buena comida, los adornos y la
 « buena forma de los vestidos, nos agradan los buenos
 « muebles y los objetos llenos de atractivo, y permitimos,
 « como dice san Zozimo, que lo que no es más que una
 « bagatela ocupe el lugar del céntuplo que nos ha ofrecido
 « Jesucristo. »

« Creemos, hermanos míos, que hemos renunciado al
 « mundo, porque nos hemos encerrado en un monasterio,

(1) Gal. vi, 14.

« aún cuando conservemos por otra parte todas las pasio-
 « nes que nos apegan á las cosas que no deberían merecer
 « nuestra atención. Lo cual no deja de ser una necesidad,
 « pues habiéndonos despojado de cosas grandes y pre-
 « ciosas, ó habiendo abandonado, por lo ménos, todo lo
 « que teníamos, y habiéndonos retirado al monasterio, es
 « una locura satisfacer nuestras concupiscencias con cosas
 « pequeñas, y alimentar nuestras inclinaciones con placeres
 « insignificantes. »

Después que san Doroteo ha dado esta idea general de
 la verdadera renuncia de los religiosos, descende á algu-
 nos detalles, y les muestra la imagen ó representación con-
 tinua de ella en el hábito mismo que llevan.

« Necesario es, mis hermanos, necesario es saber en que
 « consiste precisamente esta renuncia, y por que nos hemos
 « retirado á la soledad. Esto se halla significado en el
 « hábito que llevamos: con él debemos expresar la santidad
 « de nuestra conducta, emprendiendo el mismo género de
 « vida y los mismo combates, que con tan buen éxito em-
 prendieron nuestros padres. »

« Nuestro hábito es, en contra del uso ordinario, una
 « túnica sin mangas, para enseñarnos que no debemos
 « tener manos ó acción para hacer las obras del hombre
 « viejo, como herir, robar ú otros excesos semejantes. Hay
 « en él una marca de color de púrpura, para enseñarnos
 « que así como los que hacen la guerra para servir á su
 « rey llevan algún distintivo en su traje, para significar que
 « combaten bajo sus banderas, así también nosotros nos
 « hallamos alistados bajo el estandarte de Jesucristo, y es-
 « tamos obligados á sufrir trabajos semejantes á los de este
 « divino Maestro, que se dignó entregarse á todo género de
 « tormentos y ser vestido con una túnica de púrpura. El
 « cingulo que llevamos significa que debemos estar siempre
 « dispuestos á trabajar, y siendo de piel de una bestia muer-

« ta, y ciñendo nuestros riñones, nos enseña á morir á
« todos los deseos desarreglados.

« El escapulario en forma de cruz que llevamos en
« nuestras espaldas, nos recuerda que es preciso llevar
« nuestra cruz, si queremos seguir á Jesucristo, y esta
« cruz consiste en practicar una mortificación perfecta,
« basada en la fé que tenemos en Jesucristo. »

« Por último, la capucha que cubre nuestra cabeza es el
« símbolo de la humildad en que debemos vivir, pues tiene
« la forma de la que llevan los niños, cuyo carácter es la
« sencillez humilde é inocente. Es al mismo tiempo figura
« de la gracia divina, por que, á la manera que cubre y ca-
« lienta la cabeza de los niños, así también, según el pen-
« samiento de los antiguos, la gracia de Jesucristo cubre y
« defiende nuestra alma, y la protege en su infancia espi-
« ritual. »

« Sean, pues, mis hermanos, sean nuestra vida y nuestra
« conversación conformes á nuestros vestidos, y procure-
« mos no hacernos indignos del hábito que llevamos. De la
« misma manera que hemos renunciado á las cosas gran-
« des, renunciemos á las pequeñas : habiendo ya renuncia-
« do al mundo, renunciemos también á las afecciones que
« á él nos ligan, y si queremos hacer efectiva esta renun-
« cia, trabajemos principalmente por destruir nuestra pro-
« pia voluntad. Nada hay tan ventajoso como esta renun-
« cia, que nos conducirá á la práctica de todas las virtudes.
« De la misma manera que el viajero busca siempre el
« camino más corto, así el que enfrena su propia volun-
« tad encuentra un medio más breve y fácil para vencer las
« inclinaciones viciosas. »

« Ahora bién, hermanos míos, de diferentes maneras y
« hasta en las más pequeñas ocasiones podemos vencer la
« propia voluntad. Por ejemplo, un religioso que sale un
« instante del monasterio, vé por casualidad un objeto que

« llama su atención, si en lugar de fijarse en él, retira su
« mirada, habrá triunfado de su voluntad. Encuentra á
« algunas personas que están conversando, entra en deseos
« de detenerse con ellas, si resiste á este deseo, habrá ven-
« cido la propia voluntad. Se le ocurre ir á ver lo que se
« prepara en la cocina, si no va, ha vencido su voluntad. »

« Un religioso que ponga su esmero en combatir y con-
« trariar su voluntad en cosas tan pequeñas, podrá adqui-
« rir el hábito de vencerse en las grandes, y aún encon-
« trará gozo y satisfacción en ello, pudiendo de esta
« manera elevarse á tan alto grado de virtud, que no
« tenga voluntad propia, y se halle contento con todo lo
« que suceda, ya sea próspero, ya adverso. Entónces se
« puede decir con toda propiedad que se cumplirá siempre
« su voluntad, pues todo suceso es conforme á la voluntad
« del que no tiene ninguna. »

Refiere despues san Doroteo algunos ejemplos, y en
primer lugar, el de la obediencia de san Dositeo, que hemos
citado al final del capítulo precedente. Pone en segundo
lugar, otro, de que él mismo fué testigo en el monasterio
de san Sérido. « Vino, dice, de las comarcas de Ascalón
« un religioso enviado por su superior, anciano de rara
« virtud, con órden expresa de regresar ántes de que el sol
« se pusiera. En aquel mismo dia se levantó una furiosa
« tempestad acompañada de truenos y de una lluvia tan
« abundante, que el torrente próximo al monasterio en-
« grosó hasta inundar las tierras inmediatas. Esto no im-
« pidió que partiese el religioso para obedecer el manda-
« miento de su abad. Le suplicamos que no lo hiciese, por
« que era imposible que pasase el torrente; pero viendo
« que no podíamos disuadirle, le acompañamos para que
« viese el desbordamiento de las aguas. Más cuando hubi-
« mos llegado, se despojó de sus vestidos, no quedándose
« más que con el escapulario para cubrirse : hizo un paque-

« te con sus ropas, que puso sobre su cabeza ; y atravesó á
 « nado el torrente. Todos nos horrorizamos temiendo que
 « pereciese ; pero á poco le vimos al otro lado, en donde
 « poniéndose sus hábitos, se postró de rodillas para pe-
 « dirnos la bendición, y partió para su monasterio, deján-
 « donos llenos de admiración al considerar cuán intrépido
 « le hizo la obediencia en tan grán peligro. »

Añade el Santo otro ejemplo que hemos citado en otra parte, y despues otro de san Basilio, que demuestra quanto se esforzaba este santo Doctor por renunciar á su propia voluntad. « Se refiere, dice, que, visitando san Basilio uno
 « de sus monasterios, preguntó al superior, si habia al-
 « guno de los hermanos que se salvase. A lo cual respon-
 « dió el abad: espero que no habrá uno solo que no se
 « salve con el auxilio de vuestras oraciones. Hízole el santo
 « obispo otra vez la misma pregunta, y comprendiendo el
 « abad, que tenia el espíritu de Dios lo que queria decir,
 « hizo venir á uno de los religiosos. Viéndole san Basilio, le
 « rogó que le lavase los pies, y al punto fué complacido.
 « Despues tomando el Santo la vasija, permitid, le dijo,
 « que yo haga otro tanto con su caridad. El religioso no
 « opuso la más leve resistencia. Entónces reconociendo el
 « Santo por esta prueba el espíritu de este religioso, le di-
 « jo : Cuando yo entre en el santuario, seguidme, y recor-
 « dadme que os imponga las manos. Obedeció con la misma
 « sencillez, y en su consecuencia, lo llevó san Basilio con-
 « sigo. ¿ A quién mejor que á un discípulo tan obediente
 « convenia estar al lado de un Santo tan lleno del espíritu
 « de Dios? »

INSTRUCCION II.

DE LA HUMILDAD

La segunda instrucción de san Doroteo se refiere á la humildad. Empieza probando su mérito y necesidad: demuestra despues que así como hay dos clases de orgullo, hay también dos especies de humildad, y se ocupa, por último, en los medios de adquirir esta excelente virtud. Hé aquí en sustancia lo que dice acerca de estos tres puntos.

« 1º Un Padre de la antigüedad decía: La humildad nos
 « es necesaria sobre todas las cosas, y en todas ocasiones
 « debemos confesar que hemos faltado, y decir: *Perdo-*
 « *nadme* (1): pues á todas horas sufrimos los ataques de
 « nuestros enemigos y los esfuerzos de nuestro adversario.
 « Pero, hermanos míos; ¿ porqué dice este solitario que
 « tenemos más necesidad de la humildad que de la tem-
 « planza, de la fé, de la limosna y de las demás virtudes que
 « nos son tan necesarias? Es para enseñarnos que sin la
 « humildad no podemos adquirir las demás virtudes. De
 « aquí se desprende cuán grande es el poder de esta vir-
 « tud, y la fuerza de esta palabra: *perdonadme.* »

« El demonio se llama nuestro enemigo y adversario.
 « Nuestro enemigo, porque nos odia; nuestro adversario,
 « porque se opone al bién que nos proponemos practicar.
 « Pero así como él nos pone todos los obstáculos que
 « están á su alcance, así nosotros hacemos inútiles todos
 « sus esfuerzos por medio de la humildad, por lo cual nun-
 « ca comprenderemos en toda su extensión el mérito de

(1) Los solitarios se valian de esta formula siempre que eran reprendidos, o manifestaban sus culpas.